

INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO
COLEGIO MAYOR JAIME DE AMO
Curso 2007-2008

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Cuando Fernando me pidió que expusiera para vosotros algunas sugerencias basadas en mi experiencia de como la vivencia colegial había determinado mi vida posterior, me obligó sin saberlo a hacer una profunda reflexión.

Intuí que sentiría una emoción muy particular, ya que la última vez que subí a este escenario fue para recibir mi banda de graduación de manos del padre Marcial. Veintidós años han pasado desde entonces y por lo tanto tenía mucha vida para analizar.

En primer lugar descubrí que la vida colegial para mí era una corriente vital que se hundía en la noche de los tiempos: me fui a un internado con nueve años y me es casi imposible diferenciar que cicatrices provienen de mis años universitarios y cuales tienen unas raíces más profundas. Esta será la primera fuente de error en mi exposición de esta tarde.

El segundo origen de imprecisiones tiene que ver con los recuerdos: esa masa pastosa con la que construimos nuestra historia. Cuando era niño me despertaba en medio de sueño desagradable y un instante después ya estaba dormido en mitad de una historia con final feliz. No sé hasta que punto el colegio que yo recuerdo existió también en la realidad.

La tercera fuente de discrepancias, tiene que ver con los años. Y más específicamente con los míos. Aunque desde un punto de vista de la ortodoxia clásica romana, aún me encuadro en el grupo de los jóvenes, hay algunos jóvenes menos jóvenes que otros. Recordáis el viejo aserto de “aquel que a los veinte años no es revolucionario es que no tiene corazón, pero el que sigue siendo revolucionario a los cuarenta es que no tiene cabeza”. Mis comentarios están sin duda influidos por este paso del tiempo.

Por último en mi reflexión he huido de las batallas, anécdotas y leyendas urbanas (incluidas las minas de la guerra civil sin explotar que esperan taimadas en el jardín a los colegiales novatos, o la euforia veraniega cuando llegaban las expediciones de americanos deseosos por descubrir la noche madrileña).

No hablaré de nada de esto, sino de lo que queda tras la tormenta, de cómo la vida se moldea al pasar por el Colegio.

Puestos en antecedentes no os deben extrañar mis lecciones del pasado. No significa que lo que os diga fue siempre mi guía de conducta, pero sí que me hubiera gustado que lo hubiera sido. Es más, creo que una buena parte de los colegiales de mi época también lo compartiría.

Un día invitamos Albert Boadella a nuestro club de los viernes y él nos habló de la eficacia de los decálogos en la historia de la humanidad empezando por los diez mandamientos.

Desde entonces me he convertido en un defensor a ultranza del sistema decimal, con gran fortuna para vosotros, pues antes amaba el mundo iranio sexagesimal, y eso hubiera significado el fin de vuestras esperanzas en un discurso breve y una cena generosa.

Por cierto que recuerdo ahora, la anécdota de nuestro gran profesor , ingeniero, empresario –en aquella época ya jubilado– don José María Aguirre Gonzalo, cuando al enfrentarse a una de sus primeras charlas le preguntó a un compañero experto si él se ponía nervioso cuando veía al público mirar el reloj, a lo que éste respondió: no, cuando miran el reloj no; sólo cuando veo que hacen esto (al tiempo que golpeaba el reloj y se lo llevaba a la oreja, intentando descubrir si funcionaba). Voy a intentar que no miréis al reloj y por ello me he atrevido a concentrar mis sugerencias en el siguiente decálogo:

1. Sed unos sin vergüenzas, unos auténticos sin vergüenzas

No tengáis vergüenza de hacer que lo debéis. La juventud es un periodo hermoso pero sometido a la más dura de las tiranías. Bajo un manto de libertinaje se esconde una mano de hierro dictatorial: “el que dirán” pesa como una losa de granito. Es curioso, que sean mis hijos los que me reprenden por mis camisas de fiesta, como seguramente yo hubiera hecho con mi padre si hubiera optado por el onírico mundo de Etro que a mí tanto me atrae. Curiosamente soy más libre ahora que cuando era más joven.

Debéis ser libres para desarrollaros, aunque esto incluya la incompreensión de los demás por vuestro amor a la contemplación y estudio de las mariposas, al ballet clásico o hayáis descubierto el irresistible atractivo del arameo.

2. No digáis jamás “no tengo tiempo”

Os contaré un secreto: el tiempo no existe, se fabrica. Os diré más, solo podéis poner vuestra confianza en las personas ocupadas, en aquellas que se supone no tienen tiempo. Esos son los mejores fabricantes de tiempo y los que os pueden enseñar a crearlo y tener una vida divertida.

Una adecuada gestión del tiempo eliminará la tentación de perderlo. Si os vale mi experiencia, cuando vine a estudiar caminos, yo era ya un planificador meticuloso. Me preparé un horario diario y semanal, y descubrí con agrado y sorpresa que tenía un superávit de tres horas diarias. Cuando repasé mi horario comprobé que se me había olvidado dormir. Bueno, poco después aprendí a superar ese pequeño inconveniente.

Quien dice que no tiene tiempo, es que realmente no desea tenerlo (esto se puede aplicar también a esas asignaturas que “se tienen que dejar para septiembre”).

3. Sed hombres 10

Si me permites la digresión matemática el 10 que busco no es el normal, el que yo os propongo es $10 \cdot 100 / 100$. Alguno de vosotros me dirá que eso es exactamente 10, pero esa es solo una de las posibilidades. Yo os propongo que elijáis cien actividades en vuestra vida (no digo pocas, digo cien, y a modo de ejemplo podríamos elegir desde la conducción, pasando por los vinos de Toro, el cubo de Rubic, el Derecho Constitucional, el rugby, la ópera y las cartas de San Pablo, sin olvidar el dominó), y procurad pertenecer al 10 % de los mejores. Ese es el hombre diez.

Estáis aquí porque tenéis capacidades para ser líderes y es vuestra obligación (no vuestro derecho) ejercitarlas. Renunciar a asumir vuestras responsabilidades es un acto indigno. Pero el liderazgo exige una, visión global de la vida, no basta con destacar en una de las facetas, y no hay nada como la vida colegial para desarrollar todas vuestras posibilidades.

Que no os pase como en los cuentos sufis de Nasrudin.

El mullá transportaba enana balsa de una orilla a otra a un erudito, quien aprovechando la ocasión para entablar un diálogo, comienza a hacerle preguntas:

-¿Conoce usted la gramática?- le dice el erudito.

-No, en absoluto- responde Nasrudin

-Bueno, permítame decirle que ha perdido usted la mitad de su vida- réplica con desdén el erudito.

Poco después, cuando el viento comienza a soplar y la barca está a punto de irse a pique, el mullá pregunta a su pasajero:

-¿Sabe usted nadar?-

-¡No!- contesta aterrorizado, el erudito.

-Bueno, ¡ permítame decirle que ha perdido usted toda su vida, porque nos estamos hundiendo!.

Aunque no os lo creáis, el compañero de al lado es un líder. Entre mis compañeros de promoción colegial hay –que yo sepa– un presidente de compañía multinacional, varios socios de consultoras prestigiosas, notarios, empresarios de éxito, profesores universitarios, políticos (incluido el director general de la policía y guardia civil)...

4. Sed generosos

Cuando más se da en la vida universitaria más se recibe. El apoyo de un amigo es la mejor terapia contra las dificultades. No os puedo describir lo que significó para mí recibir el apoyo y la ayuda, no ya tan solo de muchos colegiales, sino la ayuda específica de mis compañeros de cursos superiores, y lo bien que me sentí ayudando a los que venían por detrás. Algunos equivocados creen que se compite con los compañeros, pero dentro de poco descubriréis –si no lo habéis hecho ya– que solo se compite contra uno mismo. Además, lo bueno de ese competidor es que nunca te abandona.

Si además de ser generoso dentro de la universidad lo podéis ser fuera mejor que mejor, hay miles de ancianos esperando una visita, y enfermos que necesitan una palabra de consuelo, o inmigrantes que tienen que rehacer su vida.

5. Sed apasionados

El peor de los cánceres que os amenaza es la apatía, el aburguesamiento. La vida universitaria debe ser pasión, en todo los frentes: la pasión por el conocimiento, por el crecimiento interior y exterior, por los (las) demás.

Vuestra vida debe ser “a tope”, pero esto significa esfuerzo. No hay nada valioso sin esfuerzo –si Fernando me lo permite, ni una buena juerga–. Huid de la comodidad como si fuera vuestro peor enemigo.

El esfuerzo, y los deportistas de la sala lo saben, produce un enorme placer tras el sudor.

Hace poco visitando el Chillida Leku me explicaban como el gran escultor descubrió que la pintura no era lo suyo porque pintaba “demasiado bien sin esfuerzo”, y llegó a la conclusión de que nada valioso podía obtenerse sin él.

Desconfiad de aquellos que “aprueban sin esfuerzo”, o es una ilusión pasajera que se resquebrajará cuando aparezcan las primeras dificultades serias o simplemente no están cumpliendo con su destino de líderes.

6. Respetad las tradiciones

Una vez preguntando a un político sobre la conveniencia o no de anular un acto que nosotros hacíamos por tradición, me respondió: “para cambiar una tradición es necesario estar armado de razones, para mantenerla ninguna”.

Vosotros pertenecéis a un mundo universitario – aunque ahora no lo sabéis dentro de no mucho descubriréis que ya sois “chicos del Jaime del Amo”, hasta el fin de vuestros días–, mundo lleno de hermosas tradiciones, de ilusión, entrega, cultura, ciencia.

Por cierto que en mi época las novatadas tenían el sentido purificador de bajar los humos a algún despistado o de ayudarnos a reconocer nuestra insignificancia frente al inabordable mundo universitario, por muchos que hubieran sido nuestros éxitos en el cómodo nido materno de nuestro añorado instituto. Nada de eso era compatible con la humillación por la humillación generadora de resquemores y distanciamiento. Es más, me gustaría recordar ahora la tradición –que ignoro si se mantiene- de algunos colegios de hacer una evaluación del comportamiento colegial de sus miembros “y los castigos” que le esperaban a aquellos que no habían sido buenos compañeros –indistintamente de los años que llevaran en el colegio o de la brillantez de sus notas-. La evaluación incluía participación en las sobremesas, colaboración con los demás, contribución al buen ambiente general, generosidad en la dedicación a las actividades colegiales...

Por lo tanto, sois portadores de un legado de excelencia que no podéis ningunear. Los Colegios Mayores no son hoteles, y vosotros nos sois huéspedes. El Colegio

Mayor es una forma de vida, y si no la compartís es que entonces no deberías estar aquí.

7. Pasadlo bien

La risa y los buenos ratos son las gasolineras de vuestro esfuerzo. El único problema es elegir adecuadamente las cosas con lo que os lo pasáis bien. Probablemente no es tanto una cuestión de renunciar por renunciar como de dosificar –y creo que me entendéis–.

Pero no olvidéis una cosa, ahora y más adelante en vuestra vida: sabe mejor la cerveza después del esfuerzo. Y aquí el orden de los factores si altera el producto.

8. Disfrutad de la diversidad

Uno de los grandes valores del Colegio Mayor es la diversidad. Jóvenes diferentes avanzando en el conocimiento de ramas muy diferentes del saber. Esa diversidad os enriquece como personas y os mejora como profesionales. Es algo que debéis disfrutar y que luego añoraréis, porque no os será siempre fácil repetirlo en el futuro. Disfrutar la diversidad significa ser curioso, así que os deseo que nos abandone nunca la curiosidad.

9. Asumid riesgos y trabajad en cuanto podáis

En nuestra cultura española universitaria no está arraigada la idea de trabajar al tiempo que se estudia. Yo os ánimo a hacerlo. Cuanto antes conozcáis el mundo del trabajo, o montéis vuestra primera empresa, antes mejorareis vuestras técnicas de estudio, antes comprenderéis el mundo de las relaciones laborales, y obtendréis una pequeña ventaja decisiva a la hora de elegir vuestro futuro profesional, amén de que ninguna cena sabe tan bien como la que tú te pagas.

El Colegio Mayor te da tiempo –no hay que hacer la compra– que puedes emplear en esto. Un rato de dedicación semanal al trabajo, afinará los motores de vuestra vida a tope.

10. La amistad

Reservo para el final, lo que marcará más profundamente vuestra vida: la amistad. En el colegio haréis algunas de las amistades de vuestra vida, las que os acompañaran

siempre. Algunas de las que sobreviven al tiempo, a la distancia y a las obligaciones familiares. No perdáis esta oportunidad, porque no os lo perdonareis.

Para terminar

Pero todo buen decálogo debe ser capaz de resumirse en dos sentencias, y como el mío pretende serlo, recordad:

a) Tened deseos perfectos. La realidad no lo será, pero vuestros deseos sí deben serlo. No hay nada más triste que no amar la perfección. Os aseguré que si vuestros sueños son perfectos, seréis capaces de superar las limitaciones de vuestros actos, o al menos podréis convivir con ellos. Tener deseos perfectos es el alma del revolucionario, vuestra alma.

b) Esforzaos por conseguirlos. Sin esfuerzo no se disfruta de la vida, ni de los amigos, ni de la familia, ni del trabajo, ni de la novia, ... ni de nada. Decía Aguirre Gonzalo, al que me referí antes, que en la vida es fundamental la suerte (opinión muy aristotélica por otro lado), y que no podemos hacer nada por merecerla. Sin embargo, la suerte va a pasar varias veces a nuestro lado a lo largo de la vida. Nuestra obligación es estar preparados para cuando esto ocurra.

Tal vez penséis que estas lecciones son propias de un padre cascarrabias influido porque su hija acaba de empezar en la universidad, y que ha olvidado ya su experiencia vital en el ala libre (¡cuatro años!). Pero no es así, porque éramos libres nos sentimos con fuerzas para intentarlo todo, para tener sueños perfectos.

Como veis es muy probable que nada de lo que os digo os suene a nuevo. La influencia de la vida colegial sobre nosotros, se parece mucho a la lluvia fina y constante: al final nos cala profundamente y deja el suelo abonado para que crezca nuestra vida, la que hayamos elegido.

Aniceto Zaragoza

23 octubre 2007